

Tiempo de pudor y silencio

Jorge Palant¹

Lo que para las sociedades es un hecho de experiencia, lo que para ciertas sociedades y/o religiones, aún las más diversas, dio lugar a rituales de iniciación, a partir de Freud la pubertad se define como la culminación de la sexualidad infantil, perverso-polimorfa. Definición que no descalifica rituales, sino que, mas allá de la importancia antropológica que representan, les ofrece el sustento de un espacio tan común como inevitable.

“El encuentro de objeto es en realidad un reencuentro”, nos dice en el tercero de sus “Tres ensayos de teoría sexual, “Metamorfosis de la pubertad”. El objeto, reprimido, en la declinación del Edipo reaparece en el tiempo puberal. Y la sexualidad infantil, orientada hacia el objeto tempranamente, reencuentra el objeto desde un cuerpo dispuesto biológicamente al ejercicio de la sexualidad. Un cuerpo atravesado por hormonas, (la teoría química” a la que, en su tiempo, se refería Freud; “las glándulas puberales”, como las llamó después) un cuerpo a expensas de una actividad pulsional que exige, del púber, la mayor cantidad de recursos posibles para enfrentarla. Un cuerpo que habrá de soportar una nueva ola de represión en tanto las pulsiones exigen una vez más el recorrido de sus destinos, un cuerpo expuesto a que la represión lograda o alguna posible sublimación no establezca el desequilibrio que se instala y deje al sujeto confrontado a una exigencia de trabajo de la que podría no poder dar cuenta sin estar afectado considerablemente. Tiempos de satisfacción masturbatoria plena, orgásmica, que encuentra en la estructura edípica (supuestamente) cerrada desde el comienzo de la latencia el camino, manifiesto o no, de la culpabilidad. Tiempos de pudor o desvergüenza, de silencio o de exclamaciones intempestivas capaces de oscurecer cualquier modalidad discursiva. Tiempo de rarezas, de temores parentales agudizados, de inquietud de psicoanalistas que recomiendan si no el análisis sistemático de los púberes (hay antecedentes kleinianos sobre el análisis profiláctico de los niños como recurso frente a la- para esta doctrina- posible psicosis infantil) al menos la continuidad profiláctica de (algún) análisis empezado durante la latencia, en tanto la psicosis estaría

¹ japalant@fibertel.com.ar

siempre al acecho, siempre a la espera de un desajuste pulsional mal equilibrado. Si la latencia no se ha instalado favorecida por el juego, si el silencio subjetivo producto de la inhibición o de alguna pobreza (subjetiva) ya instalada abandona al sujeto a los dominios de la pulsión de muerte, si la represión, repetimos, no instaló adecuadamente sus circuitos, la pubertad marcará el pasaje por una experiencia que, en términos lacanianos, dirá de lo fallido del Nombre del Padre y *centrará las expectativas de normalización* en el Ideal del Yo, en el Nombre Propio o en alguna otra suplencia que cubra la función de lo fallido.

La pubertad nos confronta con un hecho fundamental: la experiencia del sujeto en el montaje de su *fantasía* (en términos freudianos), la *fantasía inconsciente* (en términos kleinianos), o *el fantasma*, (en términos lacanianos). *El montaje fantasmático tiene todo a su favor para recorrer ese espacio de extrema resonancia corporal que la estructura construye.*

Y aquí, en cuanto a este montaje, nos resuenan las enigmáticas líneas con las que Freud cierra el capítulo 6 de "Lo inconsciente": "la división neta entre los sistemas preconscious e inconsciente sólo se establece en la pubertad".

Y decimos "enigmáticas", aunque se entienda lo que dice, porque Freud nunca se detuvo a desplegar esta idea. Podemos *suponer* que agrega, al reencuentro del objeto en un tiempo lógico posterior *una estructura preparada no sólo para la realización genital, sino también para el análisis*. Para Freud es necesaria esa *clara diferencia* para que un análisis sea posible. (Las diferencias con Klein son notables). El problema - y no es el único- es que esa diferenciación preconscious-inconsciente no alcanza para que el púber encuentre facilitado el camino hacia el análisis. Hay algo en ese párrafo freudiano sólo compatible con un rigor teórico que se desliga de la práctica. Sabemos que para Freud esa diferencia es necesaria, pero no condición suficiente para que el dispositivo analítico encuentre su lugar, ya que de lo que se trata es de ubicar el *síntoma*, eso que motoriza a un sujeto hacia el análisis, en un espacio (el que le corresponde en el grafo laciano del deseo), que instala el yo entre aquél y el Ideal, articulación necesaria para que la demanda se constituya. En tanto esta articulación *no se constituya*, el análisis se verá siempre dificultado. Y ese es el espacio en el que tambalean los niños, los púberes y los psicóticos. Agreguemos en relación a *lo dificultado*: más que lo que resulta *aún* cuando el dispositivo *esté* articulado.

Es a partir de la demanda y el síntoma que encuentra su lugar la transferencia. Y aquí tropezamos con una cuestión propia de los púberes (también de los niños) en su

relación con el analista: la presencia de los padres. Presencia que hace de la transferencia una zona más compleja que la que se sostiene con un neurótico adulto. (Experiencia, esta, al alcance de todos quienes atiendan niños, púberes o adolescentes).

Para Freud esta presencia no ha sido cosa menor: en la última de las conferencias de 1916, sostiene que no deberían tomarse en análisis aquellas personas que no fueran *sui juris*. Es decir, jurídicamente responsables de sí mismas. O sea, que agrega, desde el punto de vista jurídico, una dificultad a un campo que ya las tiene de por sí. Si bien Dora y La joven homosexual no eran púberes sino adolescentes, la presencia del padre en cada una de ellas determinó el transcurrir del análisis. En el caso de Dora, el padre haciendo coincidir su deseo hacia la señora K con el deseo de Freud: el de subrayar la posición histérica de la muchacha; en la Joven homosexual el padre pidiéndole a Freud que deshaga el deseo de la joven por la *cocotte* y la introduzca en la sexualidad que las normas sociales determinan, y que a él le pesaban demasiado. (Freud da cuenta de estas dificultades respectivamente en el Epílogo de Dora y en el punto I de la Joven homosexual)

Tenemos entonces por un lado una disposición estructural que posibilitaría el camino del púber en un análisis: la diferenciación de los sistemas preconscious/inconsciente; por otra parte una transferencia compleja dada por la presencia de los padres; si agregamos el silencio del púber como *refuerzo "represivo"* ante la irrupción de fantasías (las más de las veces) culpabilizantes, encontramos un panorama que envuelve al púber en un clima singular: a diferencia del niño, está en condiciones de hablar aunque suele callar y, a diferencia del adulto neurótico atormentado por su síntoma, suele *necesitar* un silencio que lo proteja de cualquier sobresalto que la palabra pueda ocasionarle. (La *confesión* del fantasma suele marcar los momentos finales en el análisis de un adolescente). *Ubicar el lenguaje en el centro de un análisis es una mirada que abarca todo el campo de los seres hablantes. Sólo que la diferencia enunciado/enunciación puede estar tan devaluada que el sujeto se consolide en una concreción sin atenuantes, variante indeseada de un silencio sostenido o de un habla que no diga nada.* Dicho de otra manera: el inconsciente como tal puede no hacerse escuchar a los oídos de quién debería estar a cargo del discurso: el analizante..

Agreguemos, a la frase freudiana respecto del establecimiento pleno de la diferencia preconscious/inconsciente como patrimonio *puberal*, el registro de la diferencia de sexos en un nivel en el que encuentra preparados, a los dos sexos, para la puesta en ejercicio de la sexualidad. (Cfr. "Despertar de primavera", la pieza teatral de Frank Wedekind, en la que vemos, en boca de adolescentes apenas un poco más allá de

lo que suele denominarse pubertad, el desfile de inquietudes, fantasías y actos articulables al sexo y a la muerte que parecen la puesta en escena de algún código puberal *atravesando la singularidad* de cada personaje).

Dejemos de lado la presencia de los padres – y a quién corresponda disimular semejante herejía puede mirar hacia otro lado- y ubiquémonos frente al púber. Es muy cierto que, a diferencia del niño (lo hemos dicho) maneja un lenguaje en el que la realidad cobra sentido, pero también en el que hay un recorte del campo subjetivo en el que el fantasma atraviesa el límite entre el adentro y el afuera. A partir de la topología del *cross cup*, Lacan dirá que “La realidad es de fantasma”.

El silencio, el desconcierto como efecto de las pulsiones que recorren marcas (des)conocidas en un cuerpo cambiante, el goce de una sexualidad culpabilizada por el apoyo inconsciente que recibe de la sexualidad infantil, la inevitable paranoia que responde a la mirada silenciosa del analista, el retraimiento que provoca el intento de acortar distancias que el analista se ve tentado a ofrecer, el rechazo casi sistemático que el púber ofrece a lo que el analista pueda proponerle como sucediendo en otra escena...he aquí el cuadro más que frecuente que el púber le da al psicoanálisis.

Por supuesto que hay quién diga que analizó a un púber y tendrá razones valederas para decirlo; por supuesto que hay quién diga que ayudó a un púber a que venza algunas inhibiciones. Por supuesto que la intervención de un analista en la vida de un púber que soporta padecimientos que lo limitan en exceso, tanto en lo productivo de su vida como en su referente social o familiar, puede ser beneficiosa...

Pero apuntemos a otra cosa: apuntemos a poner *bajo el rótulo de dificultad* el saber sobre el púber que disfraza una facilitación del análisis. Y lo extendemos: como todo saber que se constituye alrededor de un momento de la vida tomada en su cronología, del que emanan líneas a las que fácilmente se identifican como aquello que es interpretable... para todo púber. Por supuesto, entramos en un terreno en el que el púber no tiene la palabra.

¿Acaso no recordamos el intento de Klein de introducirse en el análisis de niños (lo hace en 1919) a partir de considerar que los síntomas infantiles se sostienen de una deficiente información acerca de los interrogantes que generan en el niño la sexualidad infantil, y hace del análisis el lugar de *las informaciones correctas, desconociendo que la sexualidad infantil culmina en fracaso*? En esa operación, el “para todo niño” ¿no deja de lado la singularidad de los padecimientos?

Decimos: cada vez que se identifique una situación del desarrollo como correspondiendo a ciertas constantes, el analista se verá tentado a recurrir a ellas, dando por sentado que no puede tratarse de otra cosa que no sea eso.

Eso lleva a que las dificultades que el púber le plantea al analista se tramiten por el lado del saber que el analista tiene sobre "los que son púberes", un conjunto cuya homogeneidad propicia la elisión de la singularidad. Esto que, como señalamos, en los niños pudo y puede suceder con otros argumentos, en el neurótico adulto no sucede: no queda otra salida que analizarlo en la singularidad de su discurso. Puede remplazarse, *eso que no sucede*, por la *aplicación* de la teoría de la que el analista disponga. Para analizar, o más bien, para *parecer* que analiza. Es un síntoma del psicoanálisis.

Lo cual no quiera decir que esas intervenciones no tengan, en los púberes, repetimos, cierta eficacia.

Nos referimos, por ejemplo, a la mirada que se centra en los duelos, el del cuerpo infantil, o el de los padres de la infancia; a la ambivalencia entre la dependencia o independencia de los padres, al miedo al cambio, a la sorpresa temerosa del descubrimiento de las modificaciones corporales...

Es en virtud de estas apreciaciones que nos parece pertinente preguntarnos por el "beneficio" que le supone a un análisis el que quién está en posición de analizante esté atravesando *un momento de vida* en el que se pueda saber, sin necesidad de escuchar, los conflictos que lo atraviesan.

Digamos más: a estas tentaciones se cede cuando en algún punto la desorientación del analista es marcada. Es lo que ha pasado con el análisis de niños: a partir del momento en el que se comprueba que el juego del niño- dejando de lado la interpretación kleiniana- se entiende poco o nada, surge el intento de ubicar al juego en relación a las etapas del desarrollo, de manera tal que habrán de ser estas las guías que el analista utilizará en su interpretación.

Es en función de esto que decimos que todo saber previo, puesto en acto, es una respuesta asegurada con la que el analista puede velar la dificultad que pueda aproximar al sentimiento de impotencia. Desde ya que esto no sucede sólo con los púberes: es una constante en el psicoanálisis. La salvedad la hacemos cuando es el saber de un momento cronológico (y no lógico) del desarrollo el que (cree) ubicar al analista.

Si afirmamos que el saber previo es un obstáculo, ¿a que deberíamos recurrir para que un análisis *durante* la pubertad sea posible como tal? Claro que dicho así es una maniobra que se le endilga al analista. La transferencia imaginaria tiene sus efectos y favorece ciertas modificaciones. La cuestión está en no confundir los planos, el imaginario y el simbólico, no sólo en el tiempo del encuentro del púber con el analista, sino también en los efectos de transmisión que cada analista pueda generar.

Bibliografía

Calvino, I. (1957). El barón rampante. Barcelona: Bruguera

Freud, S. (1905). Tres ensayos de una teoría sexual. Tomo VII. Bs. As.: ed. Amorrortu

_____ (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. Caso Dora: Epílogo. Tomo VII. Bs. As.: ed. Amorrortu

_____ (1915). Lo inconsciente: El reconocimiento de lo inconsciente. Tomo XIV. Bs. As.: ed. Amorrortu.

_____ (1920). La joven homosexual: Introducción. Tomo XVIII Bs. As.: ed. Amorrortu

Lacan, J. (1957-1958). El grafo del deseo. Seminarios V y VI. Bs. As.: Paidós